

CRISTIANDAD

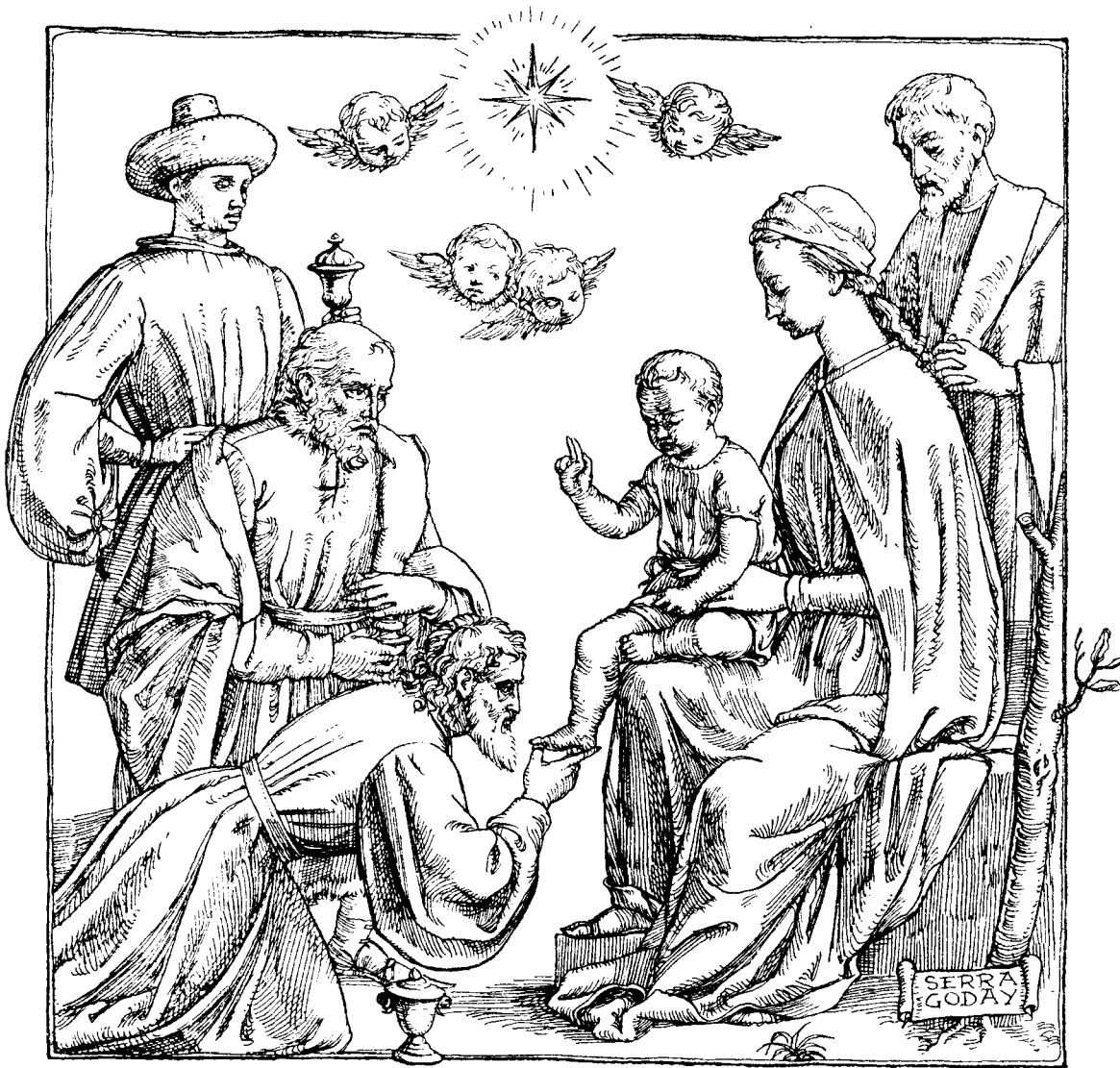
Año XIII - Núm. 430

BARCELONA

DICIEMBRE 1966

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



AUTENTICIDAD



NAVIDAD. Una antífona litúrgica del tiempo de Navidad nos formula la pregunta del mismo Salvador: "Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe sobre la tierra?"

Nuestra respuesta habría de ser afirmativa si bastaran para probarla las iluminaciones callejeras, cada año más fastuosas. O la aceleración del tránsito rodado tan peculiar del tiempo navideño. O las peculiares y opíparas comidas con que las familias más mundanas conmemoran la Nochebuena y sus días consecutivos.

Ni habría que decir nada a todo ello si todas esas manifestaciones fueran lo que deberían ser: la redundancia externa de una conmemoración interna y profunda del gran Misterio de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Todo lo merece el acontecimiento que divide los tiempos y comienza nuestra era.

Pero la realidad vista de cerca y con ojos imparciales descubre en la Navidad contemporánea muchos elementos sobrepuestos que la desfiguran y que escamotean su auténtica significación. En los escaparates comerciales, en las señales de júbilo municipal, en la publicidad periodística se van insinuando cada vez más los símbolos y los mitos que nada tienen que ver con la Navidad cristiana. Un euro-peísmo barato y un cosmopolitismo de mal gusto suplanta nuestras costumbres tradicionales y desaloja cada vez más los usos de nuestros mayores.

Es sintomático que sea un árbol ajeno a la flora palestina — el abeto nórdico — el que parecer de rigor ha de ser elegido para "arbolito de navidad". Los mitos escandinavos del "Santa Claus" o del "Papá Noel" son también de rigor para unas navidades de nuevo cuño. Los oropeles y los abalorios convencionales se encargan de dar "ambiente navideño" a los locales más ajenos al dulce Misterio de Belén.

De esta manera, inconsciente en los más, calculada en unos pocos, contribuimos todos a que se evapore el perfume popular de la más entrañable de las fiestas cristianas y a que se borren los más profundos rasgos de nuestra fisonomía peculiar.

Así se malbaratan los tesoros cristianos de nuestro costumbrismo, cuyos últimos vestigios podrán satisfacer la curiosidad de los turistas o, cuando menos servir de artículo de exportación. Así, un comerciante podía comentar que mientras importamos "christmas" de temas londinenses, enviemos a Norteamérica figurillas del belén.

La contaminación del espíritu mundano que mancha las fiestas navideñas va ganando terreno en todas las capas sociales y la superstición suplanta la devoción. Cunde el prestigio del muérdago y el rito de las doce uvas en la mal llamada Nochevieja.

Quisiéramos una Navidad menos desfigurada. Que los festejos externos fueran la expresión de una alegría interior de buena ley. Una Navidad menos comercializada y más vivida de dentro a fuera.

"Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam". El pueblo que andaba en las tinieblas, dice Isaías, ha visto una luz grande. Que nos inunde esa Luz. Que no nos encandilen las fosforescencias.

Es condición necesaria para que nos llegue el mensaje, la Buena Nueva de Belén. Es imprescindible para que nuestra Navidad sea auténtica.



L reflexionar sobre María, surge la idea de ser ella la más perfectaimágen y semejanza de Dios.

La Inmaculada Virgen tuvo fe en la bondad de Dios, y aceptó plenamente el plan de Dios sobre ella. Aceptó su vocación y se conformó a la voluntad divina incondicionalmente y para siempre con toda la fuerza de su libertad. Por ello Dios, al no encontrar resistencia alguna por parte de María, pudo realizar totalmente la idea que se había forjado de su Madre. Nunca tuvo que corregir sus planes sobre la Virgen María.

María fue la llena de gracia porque puso a contribución de esta plenitud el restar vacía de sí misma y el permanecer en la pobreza de no apropiarse nunca una ilusión sobre sí misma que no fuera la de Dios. Jamás tuvo un pensamiento que no estuviera orientado hacia Dios. Por ello fue inmaculada en su concepción y en su vida.

Es más, puso todas sus complacencias en el plan amoroso y paternal de Dios. Por ello siempre fue generosa. Y no hay mayor riqueza que darse. Y María se entregó desde niña, ratificó su entrega al aceptar la divina maternidad; supo ver la omnipotencia de Dios que se volcaba amorosa sobre su alma en el canto del Magnificat; aceptó las consecuencias de su entrega en la pobreza de Belén, en la dureza del destierro a Egipto, en la simplicidad y aparente vulgaridad de la vida de Nazaret y en el dolor mortal del Calvario.

Con la entrega en aceptar el plan de Dios —con frecuencia doloroso—, tuvo confianza ilimitada en el poder del Padre, y por ello nunca tuvo miedo, no desfalleció jamás. Junto a la cruz de su Hijo estaba en pie. Apoyada en la esperanza no conoció la desesperación.

Sólidamente apoyada en la omnipotencia divina conservó siempre la fortaleza de ánimo. Y el secreto de la fortaleza de María debemos cifrarlo en que ella, vacía de sí misma, nunca se habituó a ser Madre de Dios. Ella siempre supo respetar el misterio de su dignidad de Madre de Dios. Y porque no se acostumbró nunca a su dignidad, siempre retuvo en aumento constante la ternura de su amor. Y donde hay amor no es posible la rutina.

La Madre de Dios respetó siempre el misterio de su condición, porque siempre estuvo en la presencia y en

la contemplación de Dios. Y nadie puede conocer íntimamente a Dios sin morir a sí mismo para revivir una vida más plétórica: la perfecta semejanza de la divinidad. Y es por este saborear lo divino que la llenaba totalmente, que nunca tuvo un pensamiento, ni una ilusión que se apartara del pensamiento y de la idea de Dios sobre ella misma. No quiso más voluntad que la de Dios, y por eso fue libre.

Ella es también como el Verbo, como el Unigénito del Padre, el resplandor de la gloria divina.

María Inmaculada, por la plenitud de gracia que la

preservó de toda corrupción, fue, pues, la que más perfectamente recobró entre los seres humanos la semejanza e imagen de Dios; puesto que al orientarse siempre hacia Él era imposible toda sombra de egoísmo.

Conocer y contemplar el misterio de María es indispensable para que nosotros podamos recuperar nuestra

personal imagen de Dios. La que por obra del Espíritu Santo formó en su seno al Unigénito del Padre, bajo la misma acción forjará en nosotros la perfecta semejanza del Hijo.

M. PERIMONT

"LA IGLESIA QUIERE SEGUIR TENIENDO A LA COMPAÑÍA DE JESUS COMO EJERCITO SUYO. ESPECIAL Y FIEL"

(Paulo VI a los PP. Jesuitas después de su última Congregación General)

Hemos querido que concelebrarais y participarais con Nosotros en el sacrificio eucarístico, antes de que cada uno de vosotros, finalizados los trabajos de vuestra Congregación general, regresaseis a vuestra casa, desde Roma, centro de la unidad católica, dispersándoos por toda la faz de la tierra, para saludaros a todos y cada uno, confortaros y alentaros, para bendeciros a cada uno en particular, a toda la Compañía, a las múltiples obras que, para gloria de Dios, promovéis y servís en la santa Iglesia y renovar en vuestro espíritu, de una forma solemne y especial, el sentido del mandato apostólico, que califica y fortifica vuestra misión, como si fuera vuestro bienaventurado padre Ignacio, soldado fiel como ninguno de la Iglesia de Cristo, quien os la confiriera y renovara; más aún, como si fuera el mismo Cristo, del que indignamente, pero verdaderamente, hacemos las veces, aquí, en la tierra, en esta Santa Sede, quien os la confirmara, amplificara y misteriosamente os ayudara en ella.

Por ello, hemos elegido este lugar, sagrado y tremendo por su belleza, por su poder, pero especialmente por el significado de sus imágenes, lugar venerable como ninguno por la voz de nuestra humilde, pero pontificia oración, que se expresa aquí, recogiendo, no sólo las alabanzas y sufrimientos de nuestro espíritu, sino las inmensas súplicas de toda la Iglesia, de toda la tierra, incluso de toda la humanidad, a quien, debido a nuestro ministerio, servimos de intérprete ante el Dios sumo y le transmitimos el oráculo divino. Hemos elegido este lugar, donde, como sabéis, se buscan y determinan los destinos de la Iglesia en ciertos momentos históricos que, hemos de creerlo, no están dominados por la voluntad de los hombres, sino por la misteriosa y amorosa asistencia del Espíritu Santo. Hoy invocaremos aquí al mismo Espíritu como conclusión de esta ceremonia piadosa: por la santa Iglesia, resumida y representada en nuestro oficio apostólico, y por vosotros, por vuestros miembros, enviados y responsables de vuestra y nuestra Compañía de Jesús.

Esta invocación conjunta al Espíritu Santo quiere, en cierto modo, sellar el gran y terrible momento que

habéis vivido, sometiendo vuestra sociedad y sus actividades a un severo examen con ocasión del Concilio Vaticano II, hace poco concluido, a modo de clausura, de cuatro siglos de vuestra historia y de inauguración con nueva conciencia y nuevos propósitos de un nuevo período de vuestra vida religiosa y militante.

Por ello, este encuentro, hermanos e hijos carísimos, tiene un significado histórico particular, que vosotros y nosotros podemos determinar mediante la mutua relación que existe, que debe existir entre la Compañía de Jesús y la santa Iglesia, cuya dirección pastoral y representación total ostentamos por mandato divino.

¿Cuál es la relación? A vosotros y a Nos corresponde la respuesta a esta pregunta, que se divide del modo siguiente:

1) ¿Queréis vosotros, hijos de Ignacio, soldados de la Compañía de Jesús, seguir siendo hoy, mañana y siempre, lo que habéis sido, desde vuestra fundación hasta este día, para la santa Iglesia católica y para esta sede apostólica? Esta pregunta nuestra no tendría razón de ser si a nuestros oídos no hubieran llegado comentarios y noticias referentes a vuestra Compañía y, por lo demás, también referentes a otras familias religiosas, por las que no podemos ocultar el estupor, y por algunas de ellas, el dolor que nos han causado.

¿Qué sugerencias extrañas y siniestras han hecho surgir en algunos ángulos de vuestra amplísima sociedad la duda de si había que continuar existiendo como el Santo, que la ideó y la fundó, lo dejó descrito en normas sapientísimas y firmísimas, y como una tradición secular, madurada por una atenta experiencia y corroborada por autorizadas aprobaciones, lo modeló para la gloria de Dios, defensa de la Iglesia y maravilla del mundo? ¿Acaso se ha adueñado de la mente de algunos de los vuestros el criterio de la absoluta historicidad de las cosas humanas, engendradas por el tiempo e inexorablemente devoradas por el tiempo, como si no existiera en el catolicismo un carisma de verdad permanente y de estabilidad invencible, del que es símbolo y fundamento esta piedra de la sede apostólica? ¿Acaso el ardor apostólico

que anima a vuestra Compañía os ha persuadido de que, para dar mayor eficacia a vuestra actividad, era necesario abdicar de muchas venerables costumbres espirituales, ascéticas y disciplinares, por no ayudar ya, sino frenar la expresión más libre y personal de vuestro celo? Y, por ello, se creyó que la austera y viril obediencia, que siempre ha caracterizado a vuestra Compañía, más aún, que siempre ha hecho evangélica, ejemplar y formidable su estructura, debía ser atenuada, como enemiga de la personalidad y obstáculo para una acción viva, olvidando lo que Cristo, la Iglesia, vuestra misma escuela espiritual tan magníficamente han enseñado sobre esta virtud. En esta línea, quizás alguno haya creído que no era necesario imponer a su alma el “ejercicio espiritual”. es decir, la práctica ardua e intensa de la oración, la humilde y ardiente disciplina de la vida interior, del examen de conciencia, del diálogo íntimo con Cristo, como si la acción externa fuera suficiente para mantener iluminado, vigoroso y puro el espíritu y fuera válida de por sí para la unión con Dios; y como si esta riqueza de formas espirituales sólo fuera propia del monje, y no armadura indispensable del soldado de Cristo. Quizá también alguno creyó ilusoriamente que para difundir el evangelio de Cristo era necesario hacer propias las costumbres del mundo, su mentalidad, sus formas profanas, accediendo a la valoración naturalista de las costumbres modernas, olvidando, también en este caso, que el acercamiento obligado y apostólico del heraldo de Cristo a los hombres, a los que se quiere llevar su mensaje, no puede ser una asimilación tal que haga perder a la sal su sabor salada, al apóstol su virtud original.

Nubes en el cielo, que en gran parte han sido disipadas por las conclusiones de vuestra Congregación. Con cuánto gozo hemos sabido que vosotros, vosotros mismos, fuertes con la rectitud que siempre ha animado vuestras voluntades, tras un amplio y sincero examen de vuestra historia, de vuestra vocación, de vuestra experiencia, habéis decidido permanecer coherentes y fieles a vuestras constituciones fundamentales, sin abandonar vuestra tradición, que gozaba de continua actualidad y vitalidad entre vosotros, dando a vuestras reglas las oportunas modificaciones, a que la “*renovatio vitae religiosae*”, propuesta por el Concilio, no sólo os autoriza, sino que os invita; y que no queréis herir de ningún modo la ley sagrada que os hace religiosos, más aun, jesuitas, sino más bien poner remedio a la usura del tiempo transcurrido y vigorizarla contra los embates que el futuro le prepara, de forma que este resultado tenga primacía sobre los muchos que se han madurado en vuestras laboriosas discusiones, asegurando una verdadera conservación y un progreso positivo, no sólo al cuerpo, sino también al espíritu de vuestra Sociedad. A este respecto os exhortamos calurosamente a que, también en el futuro, conservéis en el programa de vuestra vida la primacía de la oración, sin apartaros de las providenciales orientaciones que habéis recibido ¿pues, en dónde, si no en la gracia divina, que como agua viva fluye hasta nosotros

por los humildes canales de la oración y de la búsqueda interior del diálogo con Dios, especialmente de la sagrada liturgia, en dónde encontrará el religioso inspiración y energía para su santificación sobrenatural; de dónde sacará el apóstol estímulo, dirección, vigor, sabiduría, perseverancia en su combate con el demonio, la carne y el mundo; dónde el amor, para amar a las almas por su salvación y construir la Iglesia, al lado de los obreros, encargados y responsables del místico edificio? Alegraos, hijos carísimos, éste es el camino, antiguo y nuevo, de la economía cristiana; ésta es la forma que hace a un tiempo al verdadero religioso discípulo de Cristo, apóstol en su Iglesia, maestro de los hermanos, fieles o extraños. Alegraos, os confirmamos y estamos a vuestro lado con nuestra complacencia o, mejor, con nuestra comunión.

En esta línea tenemos que aceptar vuestras deliberaciones particulares sobre la formación de vuestros estudiantes, sobre la obediencia al misterio y a la autoridad de la Iglesia, sobre los criterios de la perfección religiosa, sobre las normas orientadoras de vuestra acción apostólica y de vuestra cooperación pastoral, sobre la recta interpretación y la positiva aplicación de los decretos conciliares, etc., como respuestas a nuestra pregunta: sí, sí; los hijos de Ignacio, que se enorgullecen del nombre de jesuitas, siguen siendo hoy fieles a sí mismos y a la Iglesia. Están preparados y fuertes. Nuevas armas, abandonadas las gastadas y menos eficaces, están en sus manos, con el mismo espíritu de obediencia, de abnegación, de conquista espiritual.

2) Ahora presentamos la otra pregunta para determinar la relación de vuestra Compañía con la santa Iglesia, especialmente, y, en resumen, con esta sede apostólica; de vuestros labios recogemos, en cierto modo, esta segunda pregunta: ¿La Iglesia, el Sucesor de San Pedro, quiere seguir teniendo a la Compañía de Jesús como ejército suyo, especial y fiel? ¿Como a la familia religiosa, que no sólo se ha puesto como meta específica alguna virtud evangélica determinada, sino la defensa y promoción de la misma Iglesia y de la sede apostólica, como su escolta y guardia privada? ¿Se le confirma la benevolencia, la confianza, la protección que siempre ha gozado? ¿Cree la Iglesia, por voz de quien ahora os habla, que tiene todavía necesidad, que es todavía un honor para ella el servicio militante de la Compañía? ¿Sigue siendo hoy válida y capaz en la obra inmensa — aumentada en extensión y calidad — del apostolado moderno?

He ahí, hijos carísimos, nuestra respuesta: sí; os mantenemos nuestra confianza. Y, por tanto, nuestro mandato para la obra apostólica que tenéis asignada; nuestro afecto, nuestro reconocimiento, nuestra bendición.

Vosotros nos habéis confirmado, en esta solemne e histórica ocasión, vuestra identidad, renovada con propósitos nuevos, con la institución que, en la coyuntura restauradora del Concilio de Trento, se puso al servicio

de la santa Iglesia católica; pues bien, nos es fácil y gozoso repetir los gestos y palabras de nuestros predecesores, en la coyuntura actual, distinta, pero no menos restauradora de la vida de la Iglesia, seguida del Concilio Ecuménico Vaticano II; y poderos asegurar que, mientras vuestra Compañía pretenda buscar su excelencia en la sana doctrina y en la santidad de la vida religiosa, y se ofrezca como instrumento eficaz de defensa y difusión de la fe católica, esta sede apostólica, y con ella, ciertamente, toda la Iglesia, la llevará junto a su corazón.

Si continuáis siendo lo que habéis sido, no se aminorará nuestra estima y confianza.

Y tendréis la del pueblo de Dios, ¿cuál fue el secreto que hizo a vuestra Compañía difundirse y prosperar de este modo, si no vuestra peculiar formación espiritual y vuestra estructura canónica? Y si esta formación y esta estructura permanecen iguales a sí mismas, con un florecimiento siempre nuevo de virtudes y obras, no es vana la esperanza en vuestro incremento progresivo y en vuestra perenne eficiencia en la evangelización y edificación de la sociedad moderna. ¿No es acaso vuestra peculiar ejemplaridad evangélica y religiosa, histórica y organizativa, vuestra mejor apología, y la carta de crédito más persuasiva para vuestro apostolado?

¿Acaso no se funda en esta consistencia moral y eclesial nuestra confianza en vuestra obra, mejor, en vuestra colaboración?

Permitid que, al final de este encuentro, os digamos lo mucho que esperamos de vosotros. La Iglesia tiene necesidad de vuestra ayuda; se alegra y enorgullece de recibirla de hijos sinceros y devotos, como vosotros. La Iglesia acepta el ofrecimiento de vuestra obra, más aún, de vuestra vida; y hoy más que nunca llama y compromete a los soldados de Cristo, como vosotros, en las arduas y santas batallas de su nombre.

Habéis advertido la defensa, la adhesión sincera, la enunciación precisa, la asidua predicación, la sabia ilustración, el veraz y amoroso testimonio que hoy necesita la fe. Confiamos en vosotros como valerosos testigos de la única y verdadera fe.

¿No veis qué felices oportunidades, qué delicadas discusiones, qué pacientes explicaciones, qué aperturas de caridad plantea al servidor y al apóstol de esta santa Iglesia católica el ecumenismo actual? ¿Quién mejor que vosotros le dedicará estudios y fatigas, para que los hermanos todavía separados de nosotros, nos comprendan,

nos escuchen y compartan con nosotros la dicha, el gozo, el servicio del misterio de la unidad en Cristo?

La difusión de los principios cristianos en el mundo moderno cual han sido delineados por la ya célebre constitución pastoral "Gaudium et Spes", ¿acaso no tendrá en vosotros hábiles, prudentes y vigorosos especialistas? ¿Y el culto que fomentais al Sagrado Corazón no os servirá de instrumento efficacísimo para contribuir a la renovación espiritual y moral de este mundo que el Concilio Ecuménico Vaticano II ha pedido, y para llevar a cabo con fruto la misión que se os ha confiado de combatir el ateísmo?

¿No os dedicaréis con nuevo ardor a la educación de la juventud en las escuelas secundarias y en las universidades — eclesiásticas o civiles —, título que siempre os ha granjeado gran gloria y abundantes méritos?

Tened presente que se os ha confiado muchas almas juveniles, que un día podrán rendir a la Iglesia y a la Sociedad preciosos servicios, si reciben ahora una formación completa.

¡Y las misiones! Las misiones donde ya trabajan maravillosamente muchos de vuestros hermanos, donde sudan y sufren y hacen resplandecer como sol de salvación el nombre de Cristo, ¿no os las ha confiado esta sede apostólica, como ya un día a San Francisco Javier, con seguridad de tener en vosotros a los mensajeros de la fe, más seguros, más audaces, más llenos de la caridad, que vuestra vida interior hace inagotable, confortadora e inefable?

¿Y el mundo? Este mundo de doble rostro, que el Evangelio nos descubre, el de la coalición de todas las oposiciones contra la luz y la gracia y el de la inmensa familia humana, por la que el Padre envió al Hijo y por la que el Hijo se inmoló; este mundo de hoy, tan poderoso y tan débil, tan hostil y tan abierto, este mundo, ¿no es para vosotros, como lo es para Nos, una vocación implorante y exaltante? ¿Y no está hoy aquí, bajo la mirada de Cristo, nuestro mundo, tembloroso y suplicante, diciéndoos a todos vosotros: venid, venid; la carencia, el hambre de Cristo os está esperando; venid, es el momento.

Sí, es el momento, hijos carísimos; marchad confiados y llenos de ardor; Cristo os elige, la Iglesia os envía, el Papa os bendice.

(16 de noviembre de 1966; texto latino e italiano en "L'Osservatore Romano" del 17.)

N A V I D A D



CUANDO llega Navidad una alegría sincera y espontánea, como brotar de trigo verde entre la nieve, se hospeda — la alegría siempre es pasajera — en los pueblos campesinos de España. La vida, acurrucada junto al fuego y aletargada como la tierra, despierta en una intempestiva primavera. Las mujeres aderezan con más esmero sus hogares, como si esperaran a un viajero importante y desconoci-

do, y con esfuerzo enriquecen la despensa. Los niños, enjambre bullicioso, salen al campo a buscar el suave y esponjoso musgo de las umbrías y las cortezas ásperas de los olmos secos. Los hombres permanecen más tiempo en sus casas y ayudan a sus hijos a colocar el belén. Los ancianos se sienten menos viejos pero más abuelos que nunca. Todos trabajan juntos. Sobre un tablado que ocupa parte de la habitación se distribuyen las distintas escenas. "En frente pondremos la montaña de los pastores, a la derecha el palacio de Herodes, junto al largo camino que lleva al Portal, el pueblo de Belén a la izquierda y debajo, la cueva donde nacerá el Niño Dios". ¡Cómo impresionan al niño las palabras del padre o del abuelo. ¡Con qué embelesamiento las escucha! Todas las figuras se colocan desde el principio. Los pastores con sus rebaños de cabras u ovejas en el monte o en el prado, las lavanderas en el pequeño arroyo, cercano a Belén, el aguador junto al pozo, los soldados en el palacio y los Reyes Magos al comienzo del largo camino. Sólo el establo está vacío y expectante. Únicamente lo habita un buey, que, vuelta la cabeza hacia la puerta y echado sobre las pajas, observa, un poco asombrado, la ansiedad de sus miradas.



En la mañana del día 25 los niños acuden presurosos a la Cueva y contemplan maravillados y gozosos el sencillo prodigio de Belén. En medio del Portal la Virgen y San José arrodillados admiran sin saciarse a un chiquitín rollizo y sonriente que quiere bendecir. A sus pies el buey y la mula le dan calor.

Las campanas repican con el mismo entusiasmo que el día de Pascua de Resurrección. Innumerables cohetes se estrellan en el cielo y cuando caen parecen llover la paz. Los mozos sacan, unos

las enormes zambombas, otros las panderetas, las castañuelas o los timbales. A la salida de misa organizan un pasacalles que recorre todo el pueblo y van cantando completos, una y otra vez sin cesar, villancicos de este tipo:

Ha nacido el Niño Dios.
Venid todos a adorarle.
Con cánticos y oraciones
venid para festejarle.

Los niños, saltando y bailando al compás de las tonadas, los corean y les van siguiendo cual tras nuevos flautistas de Hamelín. Así se aprende la religión en España.

Los demás días al atardecer los niños en grupos pequeños recorren las casas que han hecho belén. "¡Señora! ¿Podemos subir?" pregunta la voz del cabecilla. "Intentadlo", responde. Ante el nacimiento se reúne la familia. Encienden las luces. Al principio, un poco temerosos, examinan la diferente disposición de las escenas o si hay figuras nuevas o extrañas. Todos se miran y sonríen. Ninguno dice nada, hasta que uno de la familia les amonesta "¡Pero vais a cantar o no!". Los niños cuchichean entre sí. Cuando se ponen de acuerdo comienzan, sin más instrucción que la alegría y sin más ensayo que la buena voluntad, a la pata la llana, como diría un castizo:

¿Quién es aquel chiquitillo
todo vestido de blanco?
Es el Hijo de María
que ha nacido en un establo.
Venid pastorcillos
venid y adorad
al Rey de los reyes
que ha nacido ya.
Venid y decidle
con corazón fiel
Santo, Santo, Santo es.
Y la Virgen María
su Madre es.

Más animados y decididos comienzan otro:

¡Ay del chirriquitín
que ha nacido entre pajas!
¡Ay del chirriquitín
chirriquirritín chiquitín
queridito del alma!

o aquél:

Junto a tu cunita
Niño he de poner
una farolita
como la del tren.
Como la del tren

que alumbre con gas
a la medianoche
y a la madrugada.
Es la estrella que a los Magos
vino a anunciar el camino
que no deja de mirarse
en ese rostro divino.

Entonces la mujer saca, si son ricos, turrón, si son pobres, pastas y bizcochos caseros y en todas las casas una copilla de vino dulce, que siempre alguno, con buenas mañas, consigue doblar. Ya perdida la vergüenza, continúan cantando, a veces con letrillas tan graciosas como ésta:

San José al Niño Jesús
un beso le dio en la cara
y el Niño Jesús le dijo
¡que me pinchas con las barbas!

o aquélla:

San José al Niño Jesús
le estaba cociendo migas
se le cayó la sartén
y acudieron las hormigas.



Uno tras otro cantan innumerables villancicos. Cuando todos se cansan o al abuelo le entra sueño se retiran a sus casas.

La madre les esperará preocupada y un poco enfadada por su tardanza. Les preguntará de dónde vienen y cuando le respondan que de cantar villancicos, la madre les sonreirá. Se sentarán a la mesa, la bendecirán. El padre hablará del buen augurio del campo o de los tardíos que faltan por sembrar. Los niños contarán, en oraciones copulativas, las sencillas aventuras del día y to-

dos se reirán. Pero el abuelo meneará la cabeza lentamente, con los ojos llenos de nostalgia, y dirá que no, que no puede durar, que antes... antes... sí y yo le creo. Me imagino aquel siglo XVI, cénit de nuestro ser nacional. Cuando nuestros mejores poetas y músicos dedicaban su arte, sin prejuicios y con verdadero entusiasmo, a estas cancioncillas que tienen la delicadeza de un beso de madre. Aquellos villancicos de Álvarez Gato, Francisco de Ávila, Santa Teresa, Horozco, Ledesma o

Góngora y, a la cabeza de todos, nuestro Lope de Vega, unas veces originales, otras volviendo a lo divino las mismas cancioncillas populares, como cuando San Juan de la Cruz, con su gracia casi andaluza, cogía en sus brazos paternalmente al Niño de la cuna y, dando saltos de gozo entre sus frailes, le cantaba aquel estribillo:

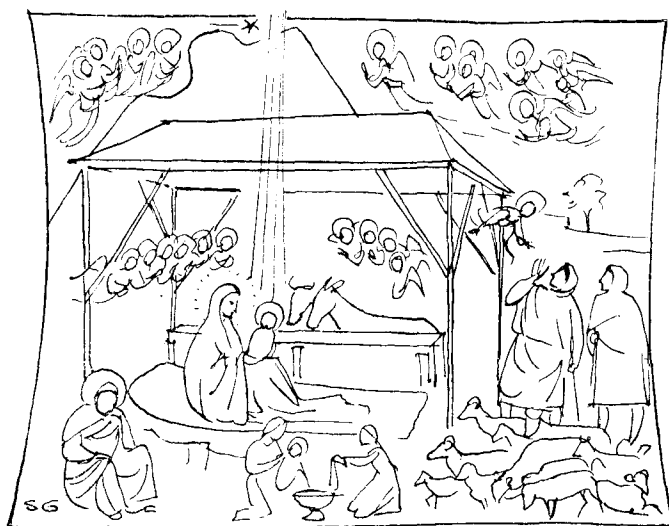
Si amores me han de matar
agora tienen lugar

con la misma dulzura, con el mismo entusiasmo que el enamorado se los dedicaba a su amada en sus rondas nocturnas. Me imagino a aquel pueblo de guerreros y monjes, que cantaban vísperas y se sabían de memoria los romances. Aquel pueblo ¡ay!... sí, abuelo, sí, usted tiene toda la razón. Esto desaparece. En muchos pueblos ya se ha perdido. Es la ciudad, ¿sabe? que, como el bochorno, agosta las plantas tiernas. Es la ciudad pedante, enlevitada y orgullosa que se viene a vivir a los pueblos y esta Navidad es sólo para las gentes sencillas. Es la ciudad, ¿sabe, abuelo?, pagana y materialista que no quiere saber nada de la otra vida.

Amigo de CRISTIANDAD, así transcurre la vida en muchos pueblos de España. Yo doy fe de los de Navarra y Aragón. Sé que sucede lo mismo en Castilla, en Andalucía y estoy convencido que, con más o menos variantes, sucede en todos los pueblos campesinos. Ellos están rezando ahora el rosario junto al nacimiento. Han terminado un misterio y van a cantar. La cueva está iluminada. En medio del portal la Virgen y San José admiran sin saciarse a un chiquitín, rollizo y sonriente, que nos bendice. A sus pies un buey y una mula le dan calor. Ven, tú y yo, quizás un poco ciudadanos, vamos a cantar con ellos, con su espíritu sencillo, sin más instrucción que la alegría, sin más ensayo que la buena voluntad, a la pata la llana:

Todos le llevan al Niño.
Yo no tengo qué llevarle.
Las penas del corazón
le servirán de pañales.

SANTIAGO ARELLANO



SUMARIO

Autenticidad, por F. S., S. I.

María imagen de Dios, por M. Perimont.

"La Iglesia quiere seguir teniendo a la Compañía de Jesús como ejército suyo especial y fiel", Paulo VI a los Jesuitas.

Navidad, por Santiago Arellano.

Pastores de Belén, de Lope de Vega.

Pastors i Reis, de Jacinto Verdaguer.

Oraciones al Niño Jesús, de Juan XXIII.

En Santa María del Paular, por José M.^a Mundet Gifre.

Libertad en servir y obedecer a Dios. Libertad verdadera y libertad falsa, por Roberto Cayuela, S. I.

El pueblo judío desde su dispersión. Israel nuevo Estado: su tremendo problema religioso, por Luis Creus Vidal.

Pío XII, por Manuel Iranzo, Pbro.

PASTORES DE BELEN

Recién nacido pastor,
hijo del divino Alcalde,
que con vara eterna rige
la Jerusalén triunphante.

Las aldeas de Belén,
porque se lo dixo un ave,
que por dicha fue la misma,
que lo dixo a vuestra madre.

Vienen a veros, Señor,
coronados de arrayanes,
sembrando ramos de oliva
al que tanta paz nos trahe.

A dar vienen a la Virgen
parabienes celestiales,
pues del fruto de su vientre
tanto bien y gloria nace.

Parabién le deis al mundo,
Virgen divina, admirable,
que aunque el bien es para él,
os alcanza la más parte.

Plega a Dios que le veáis
en el throno de su padre,
aunque ahora tan pequeño
en humildes pajas yace.

Y que vos estéis con él,
que si estaréis, como madre,
de otro mejor Salomón,
cuando a su diestra os ensalce.

Todos dicen, que ha de ser
un Pontífice tan grande,
que del orden del Rey santo
Melchisedech se consagre.

Que ha de ser Emperador,
con unos hombros bastantes
a llevar su imperio en ellos,
puesto que pesado y grave.

Virgen, cuya gran pureza
fue digna de que la madre
del mismo Dios se le fie,
y que la regale y guarde.

Porque no ha de haver Sanson,
Virgen, que entonces le iguale
en llevar mayores puertas,
pues las del cielo nos abre.

Y que ha de ser un cordero,
que caliente con su sangre
el ara del sacrificio,
aunque a Isaac defienda el ángel.

Y vos, divino Joseph,
viejo santo venerable,
padre de Dios putativo
ayo deste tierno infante:

Lope de Vega



PASTORS I REIS

Venite adoremus

Chor de pastors

Desclou-te, volta estrellada,
deixa ploure el Salvador;
envia, oh cel, ta rosada;
oh terra, nasca ta flor.

De Sion la vídua plora
aixecant los ulls al cel.
Quan vindrà l'Espòs que enyora?
Quan vindreu, oh Emmanuel?

Encara el cel no s'inclina?
Encara Vós no hi floriu,
gaia estrella matutina?
Oh, veniu, Senyor, veniu!

Desclou-te, volta estrellada,
deixa ploure el Salvador;
envia, oh cel, ta rosada;
oh terra, nasca ta flor.

Lo majoral

Jamai la nit fou tan clara,
cels i terra vessen llum.
Entram a l'hivern encara
i de maig sento perfum.

Ceps i pàmpols reverdeixen
en les vinyes d'Engaddí;
les mandràgores floreixen,
i a sos peus lo romaní.

D'estrelles lo cel s'enjoia,
de flors la terra es guarneix,
com s'en guarneix una noia
quan son espòs apareix.

Aletegen d'alegria
los aucells en l'olivar,
i la selva que dormia
se comença a desvetllar.

Los Angels a voladúries
davallen del cel obert
i a sos himnes i cantúries
somnia lo món despert.

Chor d'àngels

Glòria a Déu en les altures,
pau als homes de bon cor,
Oh!, veniu, ànimes pures,
a adorar al Criador.

Un àngel

De Betlem en una Cova
nasqué un Déu aquesta nit,
teranyines són sa alcova,
quatre palles lo seu llit.

Lo majoral

Ah!, deixem nostres ovelles
per l'Anyell immaculat
que de son pletiu d'estrelles
als de Judea ha baixat.





Chor de pastors

Anem
a Betlem
a veure el Messies;
anem
a Betlem
i l'adorarem.

Un àngel

Ses blanques manetes
petites com són,
sent tan petitetes
formaren lo món.
Sa galta és de rosa
collida al jardí;
d'un bes l'ha desclosa
l'estel del matí.
Sos ulls que somriuen
i ploren d'amor,
jo no sé què diuen
que roben lo cor.
Per qui vol besar-hi
son llavi és de mel;
per qui vol entrar-hi
son cor és un cel.

Chor de pastors

Anem
a Betlem
a veure el Messies;
anem
a Betlem
i l'adorarem.

Chor d'àngels

Ací a l'Establia, lo Fill de Maria
d'amor i enyorança fa sinó plorar.
Pastors de la serra, veniu cels i terra,
al Déu de la glòria, veniu-lo a adorar.
Oh flors, oh poncelles, que Ell crià tan belles
les vostres aromes veniu-li a donar.
—Les més bonicoies volen ser ses joies,
la rosa son ceptre, lo lliri son vas. —
Quan vinguis a rebre l'infant del Pessebre,
rossinyol dels salces, què li cantaràs?
—La cançó primera que la primavera
vora el bres dels homes un dia entonà. —
Oh cel, tenda blava, que Déu ab flors clava,
avui que el veus pobre, què li vols donar?
—Mon dossier d'estrelles, florides i belles,
que son llit de palla cobricelará. —

Chor de pastors

(...)
Lo bon Jesuset
té gana i té set
allí a l'establia.
¿Què us donaré jo
que us sàpiga bo,
Fillet de Maria?
Preneu lo meu cor
tot ple de l'amor
que el vostre m'envia.
Jesús estimat
que estau despullat
allí a l'Establia,
¿de què us vestiré
que us estiga bé,
Fillet de Maria?
Vos daré el vestit
del lliri florit
que en la vall se cria.
Lo bon Jesuset
gemega de fret
allí a l'Establia.
¿Què voleu de mi,
brot de Gessamí
de l'hort de Maria?
Jesuset hermós,
mon pit amorós
vos escalfaria.
¿Per què, tan petit,
ja sou perseguit,
Fillet de Maria?
Oh flor de Jessè!
¿on vos guardaré
de qui us marciria?
Obert és mon cor;
entrau, bon amor
de l'ànima mia.

Los tres Reis als peus de Jesús

(...)
Venim d'Orient
guiats per l'estrella;
la de l'alba és ella,
Vós lo sol ixent.

Melcior

Per Vós una serra
m'ha dat riells d'or;
preneu-los, Senyor
del cel i la terra.

Gaspar

Jo encens flairosíssim
per Vós he collit,
sacerdot ungit,
ungit de l'Altíssim.

Baltasar

Puix vostra dolor
serà sense mida,
la mirra florida
veus aquí en test d'or.

Los tres Reis

Venim d'Orient
guiats per l'estrella;
la de l'alba és ella,
Vós lo sol ixent.



Oraciones al Niño Jesús de Juan XXIII

Celeste Niño, Señor nuestro omnipotente que escuchas a cuantos te invocan con recto corazón y conoces incluso las súplicas de los que callan, te damos gracias por habernos llamado hoy a la participación en los santos misterios ofrecidos a nuestras almas, para confirmarnos más y más en la fe, para defensa de nuestra piedad, para perdón de nuestros pecados. Tu nombre fue invocado sobre nosotros.

Consérvanos bien unidos entre nosotros y con cuantos están consagrados a Ti. Confírmanos en tu verdad por la gracia del Espíritu Santo; revélanos lo que todavía ignoramos, suple nuestras faltas y haz más robusta la fe en lo que sabemos. Conserva incontaminados por el culto de tu altar a los sacerdotes, protege en la paz a los reyes y gobernantes, a los magistrados en la justicia, el aire mismo en tranquilidad, los frutos en la abundancia, el mundo en tu omnipotente Providencia. Calma los espíritus belicosos, convierte a los errantes, santifica a tu pueblo, conserva a las vírgenes, custodia la fidelidad en los esposos, fortifica a los castos; confirma a los que acaban de ser iniciados en tu santa doctrina, ilumínanos a todos, haznos dignos de más altas ascensiones y luego prepáranos para la eterna reunión en tu reino, ¡oh Jesús!, en unión contigo, y con el Padre y con el Espíritu Santo; a ellos gloria, honor y bendición por todos los siglos. Así sea. (Año 1929)

Dulce Niño de Belén, haz que comulguemos con toda nuestra alma en este profundo misterio de Navidad. Pon en el corazón de los hombres esa paz que buscan, a veces de modo tan violento, y que Tú sólo puedes dar. Ayúdales a conocerse mejor y a vivir fraternalmente como hijos de un mismo Padre.

Descúbreles también tu hermosura, tu santidad y tu pureza. Despierta en su corazón el amor y la gratitud a tu infinita bondad. Únelos en tu caridad. Y danos tu celeste paz. (Año 1960)

Señor Jesús, hecho Niño por nuestro amor, seguimos contemplándote en la escena de Belén, y reunimos en torno a Ti, junto a María, Madre tuya y nuestra, junto a José, “vir iustus”, y los sencillos y buenos pastores estas flores de nuestras familias cristianas que han acudido hasta aquí desde todo el mundo, y, para nuestro gozo y aliento, te ofrecemos de cada uno el canto melodioso, el corazón puro, el propósito fervoroso y vibrante de hacer honor a la santa Iglesia y a la hermosa tradición de los pueblos de los distintos continentes aquí luminosamente representados. Bendícelos, Jesús, como Nos los bendecimos en tu nombre. Acompáñalos en el camino rico de promesas que se abre ante ellos. Que lleven por todas partes la alegría y la belleza. Que crezcan, a imitación tuya, en edad, en gracia, en sabiduría, delante de Dios y de los hombres. Así sea. (Año 1961)

EN SANTA MARIA DEL PAULAR

En el ambiente austero y acogedor del Monasterio de Santa María del Paular se ha celebrado la V Reunión de «Amigos de la Ciudad Católica» durante los días 29, 30 y 31 de octubre pasado. Reunión de estudio y de meditación absolutamente imprescindibles en un mundo que se encuentra tan asomado al exterior, como hipnotizado por el triunfo fáustico de lo material, en esa apoteosis de la técnica que abre horizontes estelares a la sed de novedades y aventura del espíritu humano; que trae un mensaje de liberación de servidumbres que conmueve las más hondas tensiones y anhelos de libertad, de afirmación individual; y que comporta una nueva aurora de posibilidades a la promoción espiritual de las masas, donde antes sólo tenían posible acceso unas reducidas minorías. Pero encierra también potencialmente la posibilidad e inclinación hacia un revisionismo iconoclasta de todo lo anterior — como perteneciente a un mundo inferior —, y con ello la confusión de valores y perspectivas que pudieran fácilmente oscurecer las mejores conquistas del espíritu; aquellas que sitúan al hombre más allá y por encima de su mera existencia material.

Esa nueva realidad, preñada de posibilidades para una nueva eclosión del albedrío y del espíritu humano, a cuya perspicacia no pudo escapar el signo de la nueva era, ni sus peligros; los cuales señaló con aquella grave simplicidad de toda su doctrina: la superficialidad es la causa de las graves deformaciones que son hoy fermento de anarquía y corrupción. Porque en realidad esa actitud se deja deslumbrar por lo accesorio y envuelve en una nebulosa lo que es esencial.

Los «Amigos de la Ciudad Católica» se han reunido pues para evadirse de esa fácil tendencia a la superficialidad que tanto preocupaba también a nuestro querido Padre Orlandis. Nada de afirmaciones eclécticas al gusto de todos, para obtener el aplauso del mayor número, como hoy es frecuente entre los vendedores de «ideas» y «slogans», excesivamente inclinados a transponer al mundo de las ideas las actitudes y comportamientos que prevalecen en el comercio material, con aquel regusto sanchopancista del ¡viva quién vence! Sólo la austera voluntad de buscar y servir a la Verdad, aunque como tantas veces en la historia sea a costa de incomprendimientos o menosprecios. Afirmación de una Verdad del espíritu, infinitamente más importante que todas las verdades de la técnica material, puesto que sitúan al hombre como Señor, y no como servidor de éstas. Humilde catacumba intelectual que no busca los brillantes aplausos, sino la contemplación y el servicio de la Verdad; sin deslumbrarse por teorías espectaculares que sirvan de adorno a tal o cual expositor particular, sino sólo afán de

profundizar, penetrar y comprender las doctrinas que ya han sido definidas por el magisterio de la Iglesia, y sus aplicaciones y consecuencias, según el propio sentir de Pío XII cuando recordaba que no se trataba ya de buscar y definir nuevas doctrinas, sino de conocer y aplicar con auténtico espíritu de servicio las que ya han sido definidas y esperan su inmediata aplicación. Reunión de amigos, eso sí, que aceptan como piedra angular de su vida a la Iglesia de Cristo — «Amigos de la Ciudad Católica» —, cuyo magisterio tiene, aún en lo meramente humano, tan formidables raíces, mártires y defensores, que no hay secta ni escuela que se le pueda comparar. Y cuya raíz más honda viene dada por una humilde y ardiente afirmación de la Verdad: Cristo no se allana ante ninguno de los Poderes de su época, y su mensaje llega hasta nosotros sin mistificaciones ni adaptaciones: «el que no está conmigo está contra Mí», «el que no recoge desparrama», y no presta el más leve pretexto a los deseos eclécticos de Pilatos. «Sólo la Verdad os hará libres». Y como para mejor rubricar la rotundidad de su doctrina, muere en lo alto de una Cruz, «sin tocar con los pies en el suelo» como recordaba constantemente el Padre Orlandis a quienes le oponían el realismo a toda sugestión de carácter espiritual o trascendente. Respecto a los hombres, caridad sin límites: «amarás incluso al enemigo», «acumularás brasas de amor sobre sus cabezas», «benedicidles y no les maldigáis». Pero en lo concerniente a la doctrina, a la Verdad, ni aún las pequeñas condescendencias o deformaciones por respetos humanos, sino siempre y sólo la Verdad, cuya importancia pone ante nuestras conciencias con el conmovedor escándalo de la Cruz.

Las meditaciones de esta Reunión se proyectaron sobre la Verdad, en sus tres aspectos de conocerla, vivirla y difundirla. Sería difícil resumir en unas pocas cuartillas el clima de vivificante optimismo cristiano que se produjo. Doctrina y vida, pensamiento y corazón, meditación de verdades conocidas y «queridas», son medio el más adecuado para suscitar responsabilidades frente a los grandes problemas de la hora presente. Y los problemas son en realidad para cada uno de nosotros la sola posibilidad que existe de poder ejercitar nuestro albedrío y lealtad, sirviendo la vocación del espíritu, que es la más noble y elevada en la historia humana, en la gran aventura que es para cada uno de nosotros nuestra fugaz existencia.

Reproducimos a continuación el trabajo que bajo el título: «La misión de los seglares en el mundo a la luz del Concilio», fue presentado en la citada Reunión por nuestro colaborador don José M.^o Mundet Guifré.

LA MISION DE LOS SEGLARES EN EL MUNDO A LA LUZ DEL CONCILIO

Cuando se cumple prácticamente el año de la terminación del Concilio Vaticano II parecería lo más adecuado dejar cualquier comentario de carácter general relativo a este gran acontecimiento, sin duda el más importante en lo que llevamos de siglo XX, y entrar directamente en materia. Sobre el Concilio han hablado tantos, y tan extensamente, que buscar la originalidad, o mejor, la crítica exacta, podría parecer presunción por nuestra parte.

No obstante, sólo la comprensión exacta de lo que ha sido el Concilio nos permitirá aceptar en toda su extensión las consecuencias del mismo, y en concreto, el Decreto sobre el Apostolado Secular. Supuestas unas motivaciones "humanas" en la convocación y celebración del Concilio, tendremos ocasión de ver la relación que estas motivaciones tienen con la labor que el Concilio ha asignado a los seglares.

Indudablemente estamos mal situados para comprender el Concilio. Ahora nos parece tarea fácil estudiar el concilio de Nicea, el de Trento e incluso el Vaticano I. Pero ¿y el Vaticano II que lo tenemos prácticamente encima, que nos aplasta, con su grandeza, con su proximidad?

Estamos mal situados, porque para conocer en toda su extensión cualquier fenómeno que se proyecta hacia el futuro, necesitamos de la perspectiva histórica. Pero también debemos reconocer que nos hallamos en mejores condiciones que en los tiempos de Nicea o de Trento. Por una parte disfrutamos de mayor rapidez en los medios de comunicación social y por otra parte participamos de los beneficios de un hecho, sobre cuya bondad en sí no es el momento de discutir, que los filósofos e historiadores llaman "la aceleración de la historia". Este progresismo en los acontecimientos (por una vez un progresismo nos será útil), permitirá que dentro de pocos años, quizá poquísimos, se pueda estudiar en toda su amplitud, porque el Concilio no es sólo los 16 Documentos promulgados, este fenómeno que ha mantenido en vilo a la humanidad durante tres años.

Henri Rambaud en el último congreso de la "Oficina Internacional de las obras de formación cívica y de acción doctrinal según el derecho natural y cristiano" celebrado esta primavera pasada en Lausanne advertía los dos peligros a que estamos expuestos en nuestra actitud frente al Concilio: primero afirmar que el Concilio lo ha cambiado todo y segundo pensar que no ha aportado nada nuevo.

Para ilustrar la falsedad de estas dos posiciones vamos a poner un ejemplo: el Concilio de Trento. Decir que

éste no aportó nada nuevo en la cuestión de la gracia no podría sostenerse ante un auditorio medianamente formado en historia dogmática y decir que lo cambió todo sería dar la razón al protestantismo. En el primer caso la Iglesia se habría detenido en el Concilio de Cartago y en el segundo ya no sería Iglesia.

Entre el Vaticano I y el Vaticano II sucede algo parecido. Aquél definió el primado de Pedro y éste ha afirmado el derecho divino del Episcopado. No hay ni contradicción ni superación; lo que sí hay es complementación. Aporto este ejemplo porque sin duda es el más "popular". Las discusiones en el aula y fuera de ella, y al final la famosa nota explicativa crearon un clima de nerviosismo que carecía de sentido.

Dejando ahora aparte las comparaciones y los ejemplos hay que profesar con toda rotundidad y con alegría cristiana el nuevo aporte doctrinal que ha supuesto el Concilio Vaticano II, fundamentalmente con la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*. Resalto ésta, no para quitar importancia a los otros documentos, sino porque es la más importante, la primera, y sin la cual difícilmente se pueden comprender e interpretar correctamente aquéllos. Importancia que deviene de su trabazón, de su unidad y en muchos casos de su originalidad. Habría que pasar por alto muchas encíclicas y remontarse por lo menos al Vaticano I para hallar un documento de tanta importancia.

La confianza que todos los católicos tenemos en la Iglesia, confianza no humana sino resultado de nuestra fe, nos llevan a la absoluta seguridad de que en todos los documentos del Concilio no hay error. Esto supuesto, sólo quedaría estudiar el aspecto "externo" del Concilio: su oportunidad, su motivación, su proyección, su espíritu.

* * *

Yo diría, empleando términos muy caros en los ambientes modernistas, que el Concilio nos ha dejado dos testamentos: uno escrito, los 16 documentos, y otro importantísimo, su espíritu. Porque el Concilio ha tenido y tiene un espíritu que sólo los años permitirán ver. No el espíritu diabólico que deduce consecuencias contrarias a las constituciones y decretos en nombre de una pretendida mayoría. Estoy empleando la palabra *espíritu* pero me veo en dificultades a la hora de definirla. Quizá puedan servirnos, en alguna manera, las palabras de Paulo VI en el discurso de clausura del Concilio el día 7 de diciembre de 1965:

“Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla; por decirlo así, de alcanzarla casi en su rápido y continuo cambio. Esta actitud, determinada por las distancias y las rupturas ocurridas en los últimos siglos, en el siglo pasado y en este particularmente, entre la Iglesia y la civilización profana, actitud inspirada siempre por la esencial misión salvadora de la Iglesia, ha estado obrando fuerte y continuamente en el Concilio, hasta el punto de sugerir a algunos la sospecha de que un tolerante y excesivo relativismo al mundo exterior, a la historia que pasa, a la moda actual, a las necesidades contingentes, al pensamiento ajeno, haya estado dominando a personas y actos del sínodo ecuménico a costa de la fidelidad debida a la tradición y con daño de la orientación religiosa del mismo Concilio. Nos no creemos que este equívoco se deba imputar ni a sus verdaderas y profundas intenciones ni a sus auténticas manifestaciones.”

Aunque si por una parte hay que huir del error que supone que el Concilio se ha dirigido únicamente al hombre y al “mundo moderno”, por otra parte hay que reconocer también que se ha ocupado ampliamente de problemas en apariencia externos a la Iglesia. ¿Es esto una revolución? yo diría que es un misterio. El misterio del Espíritu de Dios, que *sopla donde quiere* (Io. 3, 8). Hay un misterio en el Concilio, como lo hay en el viaje de Paulo VI a la ONU y en su discurso. Hay un misterio, un espíritu, una recóndita intención, de la cual, y no de sus humanas consecuencias, debemos esperar grandes bienes.

Pues bien, ¿cómo ha encontrado la Iglesia al “mundo moderno” y al hombre? A ello contesta concretamente Paulo VI en el discurso antes citado. Dice así el Papa hablando del mundo:

“... es menester recordar el tiempo en que se ha llevado a cabo (el Concilio): un tiempo que cualquiera reconocerá cómo orientado a la conquista de la tierra más bien que al reino de los cielos; un tiempo en el que el olvido de Dios se hace habitual y parece, sin razón, sugerido por el progreso científico; un tiempo en el que acto fundamental de la personalidad humana, más consciente de sí y de su libertad, tiende a pronunciarse en favor de la propia autonomía absoluta, desatándose de toda ley trascendente; un tiempo en el que el laicismo aparece como la consecuencia legítima del pensamiento moderno y la más alta filosofía de la ordenación temporal de la sociedad; un tiempo, además, en el cual las expresiones del espíritu alcanzan cumbres de irracionalidad y de desolación; un tiempo, finalmente, que registra aún en las grandes religiones étnicas del mundo perturbaciones y decadencia jamás antes experimentadas.”

En cuanto al hombre, es más extenso Paulo VI:

“La Iglesia del Concilio, sí, se ha ocupado mucho... del hombre tal cual hoy en realidad se presenta: del hombre vivo, del hombre enteramente ocupado de sí, del hombre que no sólo se hace el centro de todo su interés, sino que se atreve a llamarse principio y razón de toda realidad. Todo el hombre fenoménico, es decir, cubierto con las vestiduras de sus innumerables apariencias, se ha levantado ante la asamblea de los Padres conciliares, también ellos hombres, todos pastores y hermanos, y, por tanto, atentos y amorosos; se ha levantado el hombre trágico en sus propios dramas, el hombre superhombre de ayer y de hoy, y, por lo mismo, frágil y falso, egoísta y feroz; luego, el hombre descontento de sí, que ríe y que llora; el hombre versátil, siempre dispuesto a declamar cualquier papel, y el hombre rígido, que cultiva solamente la realidad científica; el hombre tal cual es, que piensa, que ama, que trabaja, que está siempre a la expectativa de algo; el hombre sagrado por la inocencia de su infancia, por el misterio de su pobreza, por la piedad de su dolor; el hombre individualista y el hombre social; el hombre que alaba los tiempos pasado y el hombre que sueña en el porvenir; el hombre pecador y el hombre santo... El humanismo laico y profano ha aparecido, finalmente, en toda su terrible estatura y, en cierto sentido, ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión — porque tal es — del hombre que se hace Dios.”

La solemnidad de estas palabras de Paulo VI viene aumentada por el hecho de estar dirigidas a todo el Colegio Episcopal, y prácticamente al mundo entero. El falso optimismo pseudocristiano que afirma que cualquier tiempo pasado fue peor no se ha tomado la molestia de comparar el discurso de Paulo VI citado con los documentos de Papas tan olvidados como Pío IX, León XIII o Pío X. Es verdad que éstos han sido superados. El mundo y el hombre han superado — podríamos decir hablando con ironía, brillantemente —, todas sus advertencias y amonestaciones. El progresismo de la Historia, que antes hemos citado, ha acelerado de una manera frenética el divorcio entre la Iglesia y el mundo, entre Dios y el mundo. No hacen falta profundos estudios para darse cuenta de esto; basta vivir en el mundo o leer los periódicos. Guerras, descenso fabuloso de la religiosidad, libertades desenfrenadas, etc. Como diría “el Cristo” de D. Camilo de Guareschi: *los hombres van mal*. Los hombres y las naciones han perdido el sentido del Pecado.

Ya que los laicos vivimos en el mundo podemos empezar a sospechar que parte, o mejor, que tarea específica nos toca en la labor conjunta de toda la Iglesia.

* * *

Al llegar este punto, al haber delimitado en una manera intuitiva el campo de actuación de los seglares,

ya sólo quedaría la tarea de ir comentando punto por punto el Decreto conciliar relativo al Apostolado Seglar, ampliando tal vez nuestro campo de estudio a la Constitución *Gaudium et spes*, al Decreto sobre los Medios de Comunicación Social y otros.

Pero la falta de tiempo nos llevaría a unos comentarios muy superficiales. Por ello, y por la urgente necesidad de introducirse en la profunda doctrina conciliar prefiero remontarme a los principios y trazar después unas normas generales, deducidas, claro está, del Concilio.

* * *

Antes he hablado del nuevo aporte doctrinal que ha supuesto el Vaticano II y he resaltado de una manera especial la constitución dogmática *Lumen gentium*. Su capítulo IV está dedicado a los seglares, como miembros de la Iglesia. La doctrina expuesta en él no ha sonado como una nueva a los oídos de los católicos, pero es la primera vez que aparece en las actas de un concilio. Indudablemente habrá contribuido a ello el hecho de que, de unos años a esta parte, la teología del laicado ha interesado a grandes teólogos: Karl Rhaner, Monsegú, Granero, Danièlou, von Balthasar y, en especial, el P. Congar con su obra, ya clásica, "Jalones para una teología del laicado".

Los seglares tenemos una misión que cumplir pero nuestra tarea sería vana si no se asentara sobre una sólida base doctrinal. Me refiero ahora a un profundo conocimiento de esta teología de los seglares que aquellos que se sientan llamados a cargos de dirección deberán poseer.

Para estudiar nuestros derechos y nuestros deberes, palabras muy en boga hoy, voy a referirme, como he dicho, al capítulo IV de la *Lumen gentium* y también al capítulo II que habla del pueblo de Dios.

* * *

El término seglar se puede definir por exclusión: lo son los que no pertenecen ni al clero, ni a las órdenes religiosas, ni a los institutos seculares. O, en una definición más positiva, son: "... los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercer, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo". (L. G.)

El concepto de *pueblo* nos sugiere en seguida un todo conjuntado, una unidad que partiendo de un único principio, llega a idéntico fin; tiene una misma misión.

"En todo tiempo y lugar son aceptos a Dios los que le temen y practican la justicia (Cf. Act. 10, 35). Quiso, sin embargo, el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad

y le sirviera santamente. Eligió como pueblo suyo el pueblo de Israel, con quien estableció un pacto, y quien instruyó gradualmente manifestándosele a Sí mismo y sus divinos designios a través de su historia, y santificándolo para Sí. Pero todo esto lo realizó como preparación y símbolo del nuevo pacto perfecto que había de efectuarse en Cristo, y de la plena revelación que había de hacer por el mismo Verbo de Dios hecho carne. *He aquí que llega el tiempo, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos, y ellos serán mi pueblo... Todos, desde el pequeño al mayor, me conocerán, afirma el Señor (Jer. 31, 31, 34). Pacto nuevo que estableció Cristo, es decir, el Nuevo Testamento en su sangre (Cf. I, Cor. 11, 25), convocando un pueblo de entre los judíos y los gentiles, que se condensará en unidad no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera un nuevo Pueblo de Dios. Pues los que creen en Cristo, renacidos de germen no corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios vivo (Cf. I Petr. 1, 23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (Cf. 10, 3, 5-6), son hechos por fin linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición..., que en un tiempo no era pueblo, y ahora es pueblos de Dios (I Petr. 2, 9-10).*

"Este pueblo mesiánico tiene por Cabeza a Cristo, que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación (Rom. 4, 25), y habiendo conseguido un hombre que está sobre todo nombre, reina ahora gloriosamente en los cielos. Tiene por suerte la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el mandato del amor, como el mismo Cristo nos amó (Cf. 10, 13, 34). Tiene últimamente como fin la dilatación del reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea consumado por Él mismo al fin de los tiempos, cuando se manifieste Cristo, nuestra vida (Cf. Col. 3, 4), y la misma criatura será libertada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios (Rom. 8, 21). Aquel pueblo mesiánico, por tanto, aunque de momento no contenga a todos los hombres y muchas veces aparezca como una pequeña grey, es, sin embargo, el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano. Constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por Él como instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra (Cf. Mat. 5, 13, 16)." (L. G.)

Si la frase no sonara a revolucionaria, y sólo lo puede ser en su intención diríamos: los seglares también somos Iglesia.

JOSÉ M.^a MUNDET GIFFRE

(continuará)

LIBERTAD EN SERVIR Y OBEDECER A DIOS

LIBERTAD VERDADERA Y LIBERTAD FALSA

Con profundo sentido natural y sobrenatural nos enseña San León Magno, Doctor de la Iglesia, una verdad que es de inmenso alcance para toda nuestra vida humana y cristiana, e ilumina con soberana luz lo que es el fin de nuestra presente peregrinación terrena: servir y obedecer a Dios, ya que en esto se resume y se concreta todo lo que es la finalidad de nuestra presente vida, grande y ordenada preparación para la vida eterna. Dice así el gran Papa: “No se sirve con forzada servidumbre cuando se ama y quiere lo que se manda” (De ieiun. sept. mens., serm. 89, c. 1; PL, 54, 444b).

Esta misma sentencia, tan grave y tan práctica, de San León Magno, la aduce muy oportunamente el gran Maestro de la obediencia cristiana, S. Ignacio de Loyola, en su inmortal Carta sobre la obediencia, al decirnos que para la perfección de esta virtud ayuda el tener amor a lo que la obediencia ordena; de donde también nace el obedecer con alegría y sin molestia alguna (Obras Completas de S. Ignacio de Loyola; BAC, vol. 86, pág. 814).

Cierto que hemos de servir a Dios obedeciéndole a Él y a quienes, siendo sus representantes, tienen de Él autoridad para regir, gobernar, mandar.

Pero hemos de servir y obedecer a Dios con la libertad de los hijos de Dios. Así lo quiere el mismo Dios, que al haber querido con soberana dignación ser nuestro Padre, y al habernos hecho hijos suyos por perfecta adopción, ha querido que le sirvamos como hijos, con libertad de hijos, y no con servidumbre de esclavos. Y esto es lo que tan clara y categóricamente expresa la sentencia de San León, aducida por San Ignacio.

El mismo Divino Maestro y Redentor nuestro, Cristo Jesús, nos dice con indecible ternura de amor: “Ya no os llamo siervos; mas a vosotros os he llamado amigos” (Io., 15, 5); y nos llama, además, hermanos; pues al haberse hecho Él Hermano nuestro, y al habernos hecho hermanos suyos, nos ha hecho, conforme al plan magnífico del Padre Celestial, hijos de Dios.

Por consiguiente, hemos de servir y obedecer a Dios y a sus representantes con la libertad que es propia de los que somos hijos suyos, hermanos de Cristo, admitidos a su amistad por la gracia santificante.

Y pregunto ahora: ¿quién es propiamente libre en sus acciones? Es libre de verdad el que al hacer alguna cosa, la hace porque quiere, porque quiere hacerla; y al no hacer una cosa, al dejar de hacerla, es porque no quiere hacerla, porque quiere dejar de hacerla. O, dicho de otra manera, es persona en verdad libre quien siempre hace lo que quiere, pero siempre quiere lo que debe; es decir, el que desatado y libre de toda atadura, ya sea

de pasiones internas desordenadas, ya de respetos y compromisos humanos, ya de engañosos lazos, redes y cadenas del demonio y del mundo, quiere libremente lo que ve serenamente que es su deber; y así, al quererlo libremente, hace siempre lo que quiere.

Demos un paso más. El objeto de la voluntad es el bien conocido; y cuando el entendimiento humano, con la luz de la razón natural, descubre y conoce y ve el bien, dondequiera que esté; y más si lo conoce con la razón iluminada por la fe, es decir, con las claridades divinas que la fe infunde en el alma; presenta el mismo entendimiento a la voluntad el bien conocido para que la voluntad lo apetezca, lo quiera, y vaya hacia él hasta abrazarse con él y poseerlo. Y entonces la voluntad siente los atractivos del bien, que la atrae como un imán poderoso; y cuanto el bien conocido por el entendimiento y presentado a la voluntad es mayor, más excelso, más promotor de felicidad y bienandanza, con mayor gusto se complace la voluntad en él, y más vivos son sus deseos de poseerlo. Pero, ¡ay!, muchas veces la voluntad reconoce su debilidad, o, aun sin reconocerla expresamente, a causa del orgullo innato del hombre, la presiente, experimenta los efectos de la propia flaqueza; y mucho más si a la debilidad de la voluntad se añaden dificultades, frecuentemente grandes, surgidas de lo interior y de lo exterior, por las cuales intimidada la voluntad, y a pesar de los atractivos del bien conocido y de los encantos con que ese bien la insta, no tiene ánimos ni arrestos para luchar contra las dificultades, e irrumpiendo por medio de ellas, lanzarse a buscar y hallar el bien que le atrae y le invita. Necesita una fuerza que contrarreste su debilidad, y le dé robustez, energía, alientos y ánimos.

Ahora bien, la fuerza que mueve a la voluntad para obrar, y la fortifica para llegar a la posesión del bien conocido, es el amor. Lo dice hermosa y profundamente S. Agustín: “El fuego tiende hacia arriba, hacia abajo la piedra. Por sus propias fuerzas son llevados, van a sus propios sitios. El aceite, infundido debajo del agua, se levanta sobre el agua; el agua infundida sobre el aceite, se sumerge debajo del aceite. Por sus propias fuerzas son llevados; buscan sus propios lugares. Si no están ordenadas las cosas, están inquietas; si se ordenan, descansan. Mi fuerza es mi amor; por él soy movido y llevado a dondequiera que soy llevado” (Confess., 1, 13, c. 9).

Ni hace falta discurrir sobre esto; la experiencia de todos los tiempos y de todas las vidas lo atestigua clarísimamente. Grande es realmente la fuerza del amor; es evidente lo que puede el amor. Y si esto es realidad res-

pecto de todo amor, aun del desordenado, del apasionado, del enloquecido, ¿qué diremos del amor verdadero y ordenado, del racional, y mucho más del amor sobrenatural, que es la caridad, infundida en los corazones cristianos por el Espíritu Santo, que se nos ha dado?

Y lo mismo que se dice del amor, se dice de su contrario, el aborrecimiento, pues, según el axioma filosófico, “contrariorum est par ratio”; uno mismo es el razonamiento respecto de las cosas contrarias.

Pues si *amo el bien* que con la luz de la razón, y más con la luz de la fe, reconozco se contiene en un precepto de Dios o de un representante de Dios; ese amor me lleva, y de una manera fuerte y suave a la vez, a *querer* lo que se me manda; y a quererlo libremente, sin lazos ni ataduras, sin mengua ni lesión ninguna de mi libertad; con la plena libertad de los hijos de Dios; no con forzada servidumbre, no con ataduras de esclavo.

EN EL DECALOGO

1.º En el Decálogo. — El Decálogo es la expresión escrita y concreta de la ley divina natural. Dios, al formar al hombre, le ha dado una inteligencia con la que puede ver fácil y claramente que hay que evitar el mal, y hay que obrar el bien; y que guardar la ley impresa por Dios en el alma humana, y por lo mismo las obligaciones que importa la ley, preceptos y prohibiciones, es bueno, y no guardarlas es malo e indigno de un ser racional. Pero como el hombre, según dice bellamente S. Agustín, al oscurecerse la luz de la razón por el pecado y por dejarse llevar de sus pasiones desordenadas, llegó a no leer en su conciencia lo que Dios había escrito en ella, le puso Dios delante de los ojos, en dos tablas, escritas por Él mismo, las obligaciones de la ley natural.

Son, pues, los preceptos y prohibiciones del Decálogo, aquellos que puede el hombre conocer que le han sido dados por Dios, aun con sólo el auxilio de la razón natural; es decir, sin necesidad de revelación divina. Y las obligaciones del Decálogo, preceptos y prohibiciones, se deducen como consecuencias lógicas y prácticas de dos principios evidentes, en los que se contienen implícitamente los diez Mandamientos: a) se ha de estimar a Dios más que a todas las cosas; b) no se ha de querer para otros lo que no se quiere para sí mismo. Del primer principio se derivan el 1.º, 2.º, 3.º y 4.º mandamientos; y del segundo, los restantes. Y nuestra conciencia, no ya por sola educación, puesto que ésta ha podido ser a veces contraria a la observación de esa ley, sino por impulso natural, nacido de lo íntimo de nuestro ser, se siente tranquila y feliz al obrar conforme a esas normas, e intranquila e infeliz al violarlas.

Vengamos ya a lo que hace directamente a nuestra cuestión; a saber, que lo que se prohíbe en la Ley natural, y por lo mismo en el Decálogo, es intrínsecamente malo; y lo que en ella se manda es intrínsecamente bueno y necesario. Y si descendemos con la consideración profunda a la raíz misma de la razón de ser del Decálogo,

Y, viceversa: si *aborrezco el mal* que con la misma luz natural, y más si la ilumina la fe, reconozco se contiene en una prohibición de Dios, o de un representante de Dios; entonces ese aborrecimiento induce fuerte y suavemente mi voluntad a *no querer* aquello que se me prohíbe; y no lo quiero libremente, sin lazos ni ataduras, con la libertad de los hijos de Dios; no con grilletes de esclavo.

En realidad, la fuerza del amor impulsa y mueve a la voluntad, dándole ánimos y energías, para querer libremente lo mandado; y de igual manera, y viceversa, su contrario, el aborrecimiento, para no querer lo prohibido. “No se sirve con forzada servidumbre cuando se ama y quiere lo que se manda.”

Apliquemos ahora este principio general al Decálogo y a los preceptos o prohibiciones positivas; pero de diverso modo, como lo vamos a ver.

descubriremos que todos sus mandamientos han sido dados al hombre para que libremente y meritoriamente se conforme con la rectitud eterna; y al mismo tiempo le han sido señalados para ayudarle, mediante su fiel cumplimiento, a la conservación y perfeccionamiento de su propia persona, en sí misma considerada, y en relación con la sociedad humana, de que forma parte.

Así pues, a la Ley natural, concretada en el Decálogo, hemos de obedecer, no solamente porque es Dios, Sabiduría y Bondad infinita, quien la ha establecido e intimidado, sino porque todas las cosas que en el Decálogo se nos mandan son intrínsecamente buenas; y las que en él se nos prohíben son intrínsecamente malas. Si yo amo y quiero el bien, y si aborrezco y no quiero el mal, seré verdaderamente libre al observar los preceptos y prohibiciones del Decálogo; porque no estaré atado al precepto o prohibición, en cuanto tal, sino que haré lo que he querido y he amado; y dejaré de hacer lo que he aborrecido y no he querido. Y en este sentido dice Santo Tomás, el Príncipe de la Teología Católica, que aquel que evita el mal, no por causa del mal, sino a causa de una prohibición, ese tal no es libre; y lo mismo se debe decir de quien hace el bien, no a causa del bien, sino a causa de un precepto, tampoco es libre. Solamente es libre quien sin someterse a la atadura del precepto o de la prohibición, ama, quiere y cumple lo que en el precepto se le manda, porque es cosa buena en sí misma; y viceversa aborrece, no quiere, evita lo que en la prohibición se le veda, porque es cosa mala en sí misma. Prescinde, en cierto modo, de la letra del precepto o prohibición, y se va al espíritu, procede en espíritu; y por eso es libre. Es que “la letra mata, y el espíritu vivifica”. Y al obrar así, aunque tiene en cuenta el precepto y la prohibición, pero ve tan sólo en ellos como la señal luminosa que Dios mismo le ha puesto, y como la llave segura que el mismo Dios le ha dado, para descubrir y conocer el bien intrínseco o el mal intrínseco que allí se contiene.

Lo triste es, y la mayor calamidad de nuestra época, que se va perdiendo la distinción entre el bien y el mal; y aun la noción misma del bien y del mal. A fuerza de sustituir la noción del bien y del mal por la de lo que gusta o disgusta, de lo que satisface o contraría a nuestros impulsos naturales, de lo que es útil o inútil para nuestras pretensiones en todos los órdenes de la vida, y aun por lo que está en el ambiente, de lo que hoy corre, de lo que ahora se lleva y se hace, de lo que es moderno, de lo que hacen los otros, los demás..., se ha llegado a oscurecer la noción del bien y del mal. Hay que volver a los fundamentos. Los que se fundan en la verdad, éstos son los libres. Lo dijo el Divino Maestro: “la verdad os hará libres” (Io., 8, 32). Y ¿de qué manera? Nos da la norma segura el mismo Jesús en lo que antecede: “Si vosotros perseverareis en mi enseñanza, sois verdaderamente discípulos míos; y conoceréis la verdad; y la verdad os hará libres”. Lo cual se ha de entender en el terreno de la especulación o del dogma, y en el terreno de la práctica o de la moral. Cuanto a lo primero, porque la verdad, armonía del pensamiento con la realidad, no esclaviza, antes hace libre y ennoblece la inteligencia. Es una alucinación del orgullo imaginarse libre cuando

se rompen los lazos que ligan la inteligencia a la verdad..., para dejarse esclavizar por el error. Y cuanto a la moral, también la verdad nos hace libres; porque al descubrirnos y hacernos conocer el bien y el mal intrínseco que se contienen en el Decálogo, nos ilumina y nos lleva a amar y querer aquellos bienes, y a aborrecer y no querer aquellos males, que unos y otros lo son en sí mismos; y así a servir a Dios obedeciéndole libremente.

La no-libertad, la esclavitud es la de quien evita el mal prohibido, no por ser “mal” (acciones intrínsecamente malas), sino por estar “prohibido”, es decir, sin llegar a aborrecer el mal. Quien procede así, pierde la verdadera libertad, pues se sujeta a la letra forzada; porque no le queda más remedio, pero no al espíritu de la prohibición y del Legislador, que no es “prohibir por prohibir”, sino prohibir porque el mal ha de ser prohibido y evitado.

Y dígase lo mismo, por el contrario, respecto de los preceptos que mandan, como sucede en el Decálogo, cosas intrínsecamente buenas. No es libre el que los cumple sin llegar a amar el bien que en ellos se contiene; y tan sólo atado al precepto.

EN LA LEY POSITIVA

2.º En la ley positiva.—Por otro camino muy distinto hemos de andar para ver cómo hemos de ser libres, con la libertad verdadera de los hijos de Dios, al cumplir los preceptos y prohibiciones, ya sean de Jesucristo Nuestro Señor, ya de sus representantes que hacen sus veces y tienen autoridad de Él para mandar y prohibir; pero ya en el orden de la ley positiva.

En todos estos casos, por lo regular, las cosas que se nos mandan no son intrínsecamente buenas, sino por la institución de Cristo o de la Iglesia, y aun de la potestad humana, paterna en la familia, civil en la nación; como así mismo no son intrínsecamente malas, de ordinario, las cosas que se nos prohíben, sino por la susodicha institución. Ejemplo de lo primero: el precepto de subvenir con limosnas o donativos a los gastos del Culto divino y de los Sacerdotes; y ejemplo de lo segundo: la abstinencia y el ayuno.

Por eso, no se puede aplicar a estos casos el principio que antes hemos explicado respecto del Decálogo; como tampoco la sentencia del Doctor Angélico: “aquel que evita el mal, no por causa del mal, sino a causa de la prohibición, no es libre”; lo cual, según antes hemos dicho, es enteramente lo mismo respecto del que obra el bien, no a causa del mismo bien, sino a causa del precepto.

En el terreno de la ley positiva, no es libre, sino esclavo, el que obedece servilmente, únicamente por temor; el que obedece por la sola razón de la obligación del precepto o de la prohibición; sin la razón formal de la obediencia a la ley positiva, que consiste en practicar la obediencia como acto de virtud.

Y, en cambio, es verdaderamente libre, en el terreno de la ley positiva, el que ama y quiere lo que se manda, no porque las cosas mandadas sean intrínsecamente buenas, que no lo suelen ser; sino porque quien manda es Jesucristo, o un lugarteniente o representante suyo, de quien recibe la potestad; y porque la cosa mandada es sin ninguna duda buena por la intención y la institución del mismo Cristo, o de quien manda en su nombre; y porque obedeciendo con ese espíritu, que es de amor filial y de voluntad sincera de acatar la autoridad, quiere guardar el orden establecido por Dios, y quiere seguir el ejemplo y la vida toda de Cristo, que fue toda ella de perfectísima obediencia. En todos estos casos amamos y queremos lo que se manda, porque es expresión autorizada de la voluntad de Dios, que quiere hagamos tal o cual cosa, no porque sea en sí misma prueba, intrínsecamente buena, sino porque Él la dispone, ya por Sí mismo, ya por sus representantes, para nuestro bien; el individual y el de la sociedad, tanto la religiosa, como la familiar y la civil. Y todo esto mismo, viceversa, respecto de la prohibición.

En el orden natural, en el plan meramente humano, todo esto es cierto y claro, provechoso y saludable; pero en el orden sobrenatural, en el plan cristiano, lo es mucho más; porque ya la obediencia se funda en la fe, y se ejercita por amor de caridad. Creemos a la Palabra de Dios, que nos dice lo que dijo Cristo a Pilatos: “No tuvieras autoridad alguna contra mí, si no te hubiera sido dada de arriba” (Io., 19, 11); o por San Pablo: “No hay autoridad que no sea instituida por Dios...; el que se insubordina contra la autoridad, se opone a la ordena-

ción de Dios” (Rom., 13, 1-2). Todo en la obediencia a la ley positiva es cuestión de fe y de amor, que es la actitud de los que son en verdad libres con la libertad de los hijos de Dios.

De ella habla hermosamente y en muchas ocasiones el heraldo de la libertad humana y cristiana, S. Pablo, como lo podríamos comentar si no temiésemos alargarnos. Por otra parte es cosa sabida.

Ah, pero esta libertad de los hijos de Dios es diametralmente opuesta a otra libertad, que es la falsa, la irracional, la no cristiana.

Es que de lo dicho anteriormente nadie puede deducir, en forma alguna, que al servir y obedecer a Dios seamos de tal manera libres que a nuestro antojo podamos negarle el servicio y obediencia. Mil veces no. Esa libertad no es la verdadera, la digna del hombre y del

cristiano, la que le hace feliz; sino que es falsa libertad, la que en la Divina Escritura se llama libertad de carne; y el que así es libre, o piensa equivocadamente serlo, se compara en la misma Escritura al asno silvestre, que campa por sus respetos; y tan sólo se sujeta y sirve al hombre cuando es cogido y atraillado; pero entonces sirve a la fuerza, a más no poder; y... aun dando coces.

Lejos de nosotros esa mentida libertad; sea la nuestra la libertad con que Cristo nos hizo libres; la que tiene y ejercita el que ama y quiere lo que se manda; por distintos motivos ciertamente, como hemos visto, y según los distintos casos de leyes, natural o positiva; pero siempre con la fuerza suave y eficaz del amor, y por lo mismo con la determinación libre de la voluntad.

ROBERTO CAYUELA, S. I.

HISTORIA DEL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION

ISRAEL NUEVO ESTADO: SU TREMENDO PROBLEMA INTERNO RELIGIOSO

X X I

La tierra de Israel y lo que es el pueblo judío

Sigamos este profundo tema, probando extraer del mismo las tremendas enseñanzas que en su recóndito seno incubaba.

Al lector que con indulgente atención haya seguido estos artículos, a menudo harto heterogéneos y dispares, perdonando que con atrevimiento, quizás arriesgado, nos hayamos extendido en consideraciones que van más allá de los límites que parecerían naturales a nuestro tema, habrán algunos quizá chocado y sonado como a digresión. Probablemente el que más de todos, el XI, aparecido en el número 417 (noviembre 1965) de *CRISTIANIDAD*, titulado “Huella de la Judeo-Masonería en los modernos patriotismos”, y al que de nuevo debemos referirnos. Aun cuando aprovechamos la oportunidad para poner de relieve unas verdades que han sido muy poco reconocidas y siempre ignoradas — con peligro, incluso, de vernos incomprendidos —, ahora podrá ver el lector la relación que guardan y como constituyen la entraña del trágico e insoluble problema interno religioso judío.

Continuemos el tema iniciado en nuestro anterior y último artículo **XX**.

Veamos, siquiera en sus fragmentos más esenciales, la solemne y trascendental Declaración de Independencia

que, en un alarde de valentía que hemos admirado debidamente, el 14 de mayo de 1948, en la Sala del Museo de Tel-Aviv, David Ben Gurion, como Primer Ministro del Gobierno Provisional, expresó así:

“La Tierra de Israel ha sido la cuna del Pueblo judío. Allí se formó su personalidad espiritual, religiosa y nacional. Allí realizó su independencia, creó una cultura de ámbito nacional y universal, y allí escribió la Biblia para darla al mundo entero.

“Exiliado de Palestina, el pueblo judío permaneció fiel en todos los países de su dispersión no cesando nunca de esperar ni de rezar para su retorno y restauración de su libertad nacional.

“Movidos por estos factores históricos, los Judíos, durante siglos, se esforzaron para regresar al país de sus antepasados y reformar su Estado. Durante el curso de estas últimas décadas, volvieron en masa. Fertilizaron un desierto, hicieron revivir su lengua, construyeron ciudades y aldeas y establecieron una comunidad vigorosa en constante crecimiento, poseyendo economía y vida cultural propias. Desearon siempre la paz, aun cuando prestos siempre a defenderse. Llevaron a todos sus habitantes los beneficios del progreso.

“En el año 1897, el primer Congreso Sionista, inspirado por la visión de Teodoro Herzl de un Estado Judío,

proclamó el derecho del pueblo judío a un renacimiento en su propio país. Tal derecho fue reconocido por la Declaración Balfour de 2 noviembre 1917 y reafirmado por el Mandato de la Sociedad de las Naciones, quien concedió un reconocimiento internacional explícito a las relaciones históricas que unen el pueblo judío a Palestina, y a su derecho de reconstituir su Hogar Nacional.

"El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea Nacional de Naciones Unidas adoptó una resolución aprobando el establecimiento de un Estado judío Independiente en Palestina, e invitó a los habitantes de este país a tomar las necesarias medidas para la puesta en vigor de tal plan.

"Por consiguiente, nosotros, miembros del Consejo Nacional representando al pueblo judío de Palestina y al movimiento sionista mundial, reunidos en asamblea solemne, en virtud de los derechos naturales e históricos del pueblo judío y de la resolución de la Asamblea General de Naciones Unidas:

"Proclamamos el Establecimiento del Estado Judío en Palestina, y le llamamos Israel.

"El Estado de Israel fomentará el desarrollo del país en beneficio de todos sus habitantes; se basará en los preceptos de justicia, de Libertad y de Paz, enseñados por los Profetas Hebreos; mantendrá la plena igualdad política y social de todos los ciudadanos sin distinción de raza, de religión o de sexo; garantizará la plena libertad de conciencia, de culto, de educación y de cultura; asegurará la inviolabilidad y la santidad de las iglesias y de los santos lugares de todas las religiones y consagrará sus esfuerzos a la realización de los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

"Ofrecemos la paz y la amistad a todos los Estados vecinos y a sus pueblos y los invitamos a cooperar con la nación judía independiente para el bien común. El Estado de Israel se halla dispuesto a proporcionar plena participación en el progreso pacífico y en la reconstitución del Oriente Medio.

"Llamamos a los judíos del mundo entero a unirse a nosotros en la tarea de la inmigración y desarrollo, y a sostenernos en la gran lucha para la realización del sueño secular: la redención de Israel.

"Poniendo nuestra confianza en Dios Omnipotente, firmamos esta Declaración en la Sesión del Consejo Nacional Provisional, en la ciudad de Tel-Aviv en el quinto día del mes de Iyar, 5708 el 14 mayo 1948."

Fatalismo y providencia

Esta que podríamos llamar "fatal" Declaración de Independencia — en el sentido, por ejemplo, con que Mussolini llamaba "fatales" a las colinas de Roma cuando soñaba con su renovado Imperio —, pero que nosotros llamamos "providencial", ponderando, sin embargo, que la Providencia inescrutable pero imprescindible, parece, en efecto, llevar un signo como de fatalidad en sus tremendos designios, esta audaz e impresionante Declaración, en la que parece sonar, con toda su majestad, el

Reloj de la Historia, no puede menos que chocar, y profundamente, al observador que la medita.

Si dejamos aparte el último párrafo — en realidad, casi, de sabor más deísta que religioso —, esta Declaración grande, sin embargo, no parece la declaración propia del Pueblo hebreo que renace de sus cenizas. No la habría suscrito Zorobabel, no la hubiera proclamado Matatías. En ella, el mesías aparece ser el propio pueblo auto-mesiánico. Una sola alusión, patriótica sí, y cultural, pero sólo en este terreno, a los Profetas y a la Biblia. Pero no parece la Declaración de un Pueblo (por solemne que sea, y reconocemos lo es), que se siente pueblo de Dios, pueblo Elegido, y que confía, por tanto, mucho más en Él que en sus propias fuerzas.

La Jerusalén de 1948 no parece vaya a ser reconstruida por obreros que, llevando en una mano la paleta, llevan en la otra la espada de Dios que no perece, sino la del hombre o de la patria, que pueden fallar.

Y aquí radica, como antes decíamos, la entraña del problema.

Dos mil años. ;¡Otra vez dos mil años!!

Dos mil años ha llevado Israel de lucha. Dos mil desde que sus dirigentes no reconocieron a Jesucristo su Mesías. Dos mil desde que la Providencia, en sus designios, permitió la Dispersión. Dos mil en los que, según hemos estudiado, en forma a menudo clandestina, casi siempre misteriosa, ha velado por la continuidad de sus reliquias...

Y, dos mil años después, estas reliquias renacen. Y forman, ante el pasmo y legítima humana admiración de todos, contra todos los vientos y todas las mareas, un nuevo e insospechado Estado, maravilla de heroísmo y ante el que, sin reparo, nos hemos descubierto tributándole homenaje.

Pero, dos mil años después, estas reliquias, admirables, no atinan a reconstruirse fácilmente ni menos plenamente. Renuevan su vicio de origen; caen en el profundo error de fallar por su base.

Y su falla es enorme: vuelve a tener un valor, una responsabilidad de error infinita. Decididamente, nada es pequeño en Israel, comenzando por sus pecados y por su cerviz, evidentemente dura, según la fiel traducción, en rancio español, de Petisco.

Porque el actual Israel es esto: no en vano está actualmente simbolizada por la materialidad de la actual división política — como hacíamos remarcar en nuestros anteriores artículos — que la hace un sionismo sin Sión, sino que ha venido a ser, tras dos mil años de gestación y de sacrificios sin par, otra vez un Pueblo elegido, pero sin Dios. Casi diríamos que tienen el empeño de llegar al mayor de los absurdos: el de un neo-floreamiento de una Biblia sin Dios.

Y este problema, como un frenesí, del que ni ellos mismos se dan cuenta, porque ni ellos mismos lo com-

prenden, es el que agita al Israel actual, y el que debe trastornar de inquietudes a su juventud (que no sabe de la alegría del Dios de sus mayores), la cual vive desorientada, sin brújula, sin Norte.

Israel que fue hecho por Él y para Él...

Israel sigue sin reconocer a Jesucristo como a su Me-sías, como a su Rey. Es un Ente real, pero desprovisto de aquello más esencial: de su propia Causa Final. Israel fue hecho por Él y para Él. Fue la Casa, la Patria terrena que Dios preparara (como símbolo, quizá, de todas las cosas), para su Hijo. Era el estuche que guardaría el Semen de los Padres, que abocaría en la Flor de Judá, en la Mujer por antonomasia, en la Bendita Madre, de la que nacería el Pimpollo que nos ha sido dado. Mas aquella Casa, aquel Estuche, aquella Patria, no quiso recibirle. A ella fue, y no quiso reconocerle. Y, dos mil años después, tras la peripecia histórica más

grande que quizás haya vivido pueblo ninguno, este Pueblo sigue sin querer reconocer a Aquel por quien y para quien fue creado, con singular amor, por Dios providente.

Las mismas Causas no puede sino producir los mismos efectos. Por tanto, si a este maravilloso esfuerzo, a este estupendo edificio que admiramos sin reserva y que ha realizado el moderno sionismo, le falta toda su razón de ser, le falla todo, desde su propia base hasta su finalidad, ¿qué más natural que temer con fatal lógica algún nuevo cataclismo que derrumbe lo que hubiera debido ser Templo y no es más que una Babel soberbia? ¿Tan fuerte se siente Israel, rodeado de todo un mundo árabe hostil, que tenga la seguridad de que seguirán renovándose sus hasta ahora descomunales éxitos de la independencia de 1948? Y, en un Mundo acuciado por los fantasmas nucleares, por los nuevos colosos que surgen en el Extremo Oriente ¿puede prescindir de su Dios, de su único Apoyo, el pueblo hebreo minúsculo?

LUIS CREUS VIDAL

Carta de Pío XII a los Obispos alemanes (1939-1944)

ACTES ET DOCUMENTS DU SAINT SIEGE RELATIFS A LA SECONDE GUERRE MONDIALE

Vol. II. (Librería Editrice Vaticana).

Cuando, en su tiempo, comentamos el primer volumen de esta serie, advertimos que otros nueve estaban en preparación. Desde entonces, se ha publicado, fuera de turno, éste que contiene la correspondencia de Pío XII con los obispos alemanes. Si el primero añadía detalles interesantes a una documentación en realidad ya conocida en su mayor parte, el volumen presente, exceptuada alguna carta, es totalmente inédito. Ha podido ser editado, gracias a la extraordinaria labor, casi en equipo, del Prefecto de los Archivos del Vaticano, los archivistas de la Secretaría de Estado de S. S. y los de las diversas diócesis alemanas. Las cartas que contiene, escritas entre 1939 y 1944, aun prescindiendo de la respuesta que constituyen a la campaña de difamación contra el venerado Pontífice, son de un interés histórico extraordinario.

En realidad, a dicha campaña de difamación tenemos que agradecer algunas publicaciones de un valor inestimable, que probablemente no hubiesen visto la luz, al menos tan pronto (X). Tomadas en su conjunto, dan una admirable lección de historia que urge aprovechar, ya que refleja el pensamiento y la experiencia del que no vacilamos en llamar el hombre más grande de nuestra época. Decimos bien, de nuestra época, porque sus angustias de 1940 siguen siendo las nuestras, y lo que él temió entonces, y trató de evitar con todos los medios a su alcance, ha sucedido después y sigue sucediendo. A veces, con pocas pinceladas, nos deja vislumbrar la responsabilidad espiritual que representaba para él cada

uno de los cargos que había ocupado, cargos que a primera vista parecen más bien de índole política. Así sucede, cuando impide que Pío XI, en un arrebatado de ira contra Hitler, retire al Nuncio apostólico de Alemania. Hace comprender al Papa la enorme importancia que adquiere este cargo en un pueblo que sufre persecución religiosa y que todo intenta separar de la Santa Sede. Si el Nuncio ama y comprende a la nación donde representa a ésta, no sólo es un lazo político, sino también espiritual. El Cardenal Pacelli recuerda, sin duda, su propia negativa de abandonar la Nunciatura de Munich durante la revolución del 1918, negativa que por poco le costó la vida.

Este temor de la separación espiritual, consecuencia de la material, de los católicos en general, y de los católicos alemanes en particular, de la Santa Sede, le sigue obsesionando como Papa y es uno de los motivos de su tenacísima batalla por la conservación de Roma, ya que le es indispensable para mantener un mínimo de contacto con los fieles del mundo entero. En 1944, habla de este problema como del más delicado que incumbía en aquel momento al Romano Pontífice (p. 378), es decir, la conservación de la confianza absoluta de todos los católicos, luchen detrás del frente que sea, en el Santo Padre. En esta confianza ve la mejor garantía de la unidad eclesial; lección eterna, ya que hay muchas maneras de separar al Papa de los fieles, y algunas sutilísimas.

Es, pues, la preocupación de guardar una relación es-

trecha con los católicos alemanes a través de su Jerarquía eclesiástica, que ha originado la correspondencia contenida en este volumen. Pío XII aprovecha la presencia de los cardenales alemanes en el Conclave del que sale elegido, para ahondar con ellos los gravísimos problemas planteados a la Iglesia católica en Alemania por la persecución hitleriana. A tal punto le acongoja la cuestión, y tan apremiante la juzga, que en el breve y ocupadísimo espacio de tiempo entre su elección y coronación se reúne dos veces con dichos cardenales, e incluso les propone una tercera reunión. Durante estas sesiones, investigan conjuntamente y en pleno acuerdo los acuciantes problemas, trazan un plan de acción, y para que el contacto con la Jerarquía eclesiástica alemana sea lo más estrecho posible, contra toda costumbre, la correspondencia se dirigirá directamente al Santo Padre, que de este hecho se pondrá personalmente a la cabeza del obispado alemán. Lo hace a fin de unificar la acción de éste, ya que, si la finalidad que se proponen todos, es la misma, divergen en los medios a emplear, y esta discrepancia puede ser fatal en un momento que exige la máxima unión. De allí que las cartas, excepto unas pocas, estén escritas en alemán; y a la lectura se debe tener en cuenta que más de un obispo es un amigo personal del Papa del tiempo de su estancia en Alemania, y que el tono amistoso no es puro formalismo. También hay que considerar, y la introducción del libro lo subraya, que leemos cartas de personas religiosas, y que por lo tanto, un lector ateo no podrá nunca comprenderlas completamente, ya que ignora el recurso supremo a la plegaria, cuando toda acción ha fallado. Forzosamente, las reiteradas promesas de oración recíproca le han de parecer frases vacías.

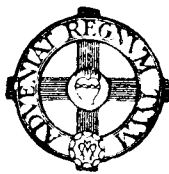
Alguien ha llamado estas cartas "El diario del alma del Pastor Angélico", los hondos desvelos de un Sumo Pontífice para evitar el desastre espiritual de un pueblo, que ama y conoce profundamente. Muchos de estos temas siguen preocupándole durante todo su Pontificado y se repiten a lo largo de sus semejantes dirigidos a los católicos alemanes. Le aterra el porvenir de la juventud,

privada de toda enseñanza religiosa, educada en un ambiente de violencia pagana, separada muchas veces del hogar católico, envenenada por la campaña de calumnias contra el Santo Padre, a quien representa como enemigo, y en el mejor de los casos, como indiferente. A qué punto tal temor estaba justificado, lo puede comprobar quien tenga ocasión de tratar con católicos alemanes, que en aquella época tenían edad escolar. Es terrible que toda la acción caritativa post-bélica del Papa hacia Alemania, emprendida en el mismo momento que el estado de los transportes lo permitía, no haya logrado borrar esta impresión. Lo que puede parecer una ingratitud inconcebible, no es más que la secuela de las calumnias hitlerianas inculcadas durante su niñez y adolescencia. Calumnia, que algo quedará...

Otra de sus preocupaciones, en realidad englobada en la anterior, es el porvenir del joven clero, privado de seminarios, obligado de ir al frente. Y se repiten, de manera trágica, los pésames por los bombardeos aéreos, que su intervención no había podido evitar, o mejor dicho, para cuya evitación Hitler la había rechazado. Otro malentendido que perdura...

No queremos acabar sin mencionar la encíclica "Mystici corporis", nombrada tantas veces en esta correspondencia que se puede decir nacida de ella, en plena guerra, a petición de los obispos alemanes, deseosos de fomentar el movimiento litúrgico, o al contrario, alarmados por él; petición tan insistente, que Pío XII incluso llega a extrañarse de ella en un tiempo de problemas tan graves. Merece la pena de volver a leer dicha encíclica, sea por la manera que endereza ciertas desviaciones del joven clero de entonces (p. 370), sea, porque el Papa recalca haberla escrito en primer lugar para aumentar el sentimiento de unidad universal de los fieles católicos, que nace de una conciencia clara y viva de la fe común, que no conoce fronteras. En un momento en que éstas, a pesar de lo que se pueda decir, se van acentuando e incluso multiplicando, esta lectura nos parece sumamente oportuna.

P. MUÑOZ IRANZO, Pbro.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Enero 1967

GENERAL:

«Por las iniciativas capaces de promover la unidad de los cristianos»

MISIONAL:

«Que los valores espirituales de las religiones no cristianas allanen el camino al conocimiento del evangelio.»

Suscripción ordinaria . . . 300 Ptas. año
 » de amistad de 300 a 1000 Ptas.
 » de protección a partir de 1000 »
 Número suelto 25 »

CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.

Director: FERNANDO SERRANO MISAS